

El Milagro
Y LA CARRETERA

Benito de la Cruz

**DWARF
WORKS**



editorialdwarfworks.com
© 2021. All rights reserved.

Mila espera un milagro a un lado de la carretera.

El frío cae sobre el pueblo como una maldición vieja. La noche de enero parece no terminar nunca y el viento baja desde los cerros silbando entre los árboles secos, levantando polvo y pequeños restos de nieve endurecida sobre el asfalto.

Su hijo Matías tiembla envuelto en una cobija gris manchada de sangre.

Ella intenta sostenerlo de pie, pero el muchacho pesa cada vez más. La sangre sigue saliendo de su costado y ya le empapó la pierna izquierda. A ratos siente caliente el pantalón mojado pegándosele a la piel. Tiene los brazos cansados, pero no lo suelta. A lo lejos se escuchan perros ladrando.

Ningún vehículo se detiene.

Las luces aparecen sobre la carretera oscura y desaparecen igual de rápido, como si nadie quisiera mirar demasiado tiempo a una mujer y a un hombre herido en medio de la nada.

Mila levanta ambos brazos desesperadamente cada vez que escucha un motor acercarse.

—¡Por favor! ¡Ayúdenos! ¡Mi hijo se está muriendo!

Pero nadie se detiene.

En el noticiero de la tarde habían dicho que aquella región registraba la temperatura más baja de todo el país. La gente del pueblo llevaba días hablando del frío como si se tratara de una presencia viva que caminaba entre las calles buscando a quién romperle los huesos.

Matías apenas puede mantener abiertos los ojos.

—No te me duermas —dice Mila sacudiéndolo—. No vayas a cerrar los ojos cabrón porque te levanto a cachetadas.

El muchacho intenta sonreír.

Tiene apenas treinta años, pero en este momento parece un anciano derrotado.

—Tengo sueño ama...

—No te duermas.

La sangre sigue brotando lentamente entre sus dedos. Mila siente rabia. Rabia contra la cantina. Contra el otro hombre. Contra el cuchillo. Contra Sanjuanita. Contra Matías. Contra Dios. Sobre todo contra Dios.

—¿Pero por qué lo hiciste? —pregunta al borde del llanto—. ¿Qué chingados ganas peleándote por una mujer?

Matías tarda en responder.

Respira con dificultad.

—Porque la amo...

Mila aprieta la mandíbula.

—Eso no sirve de nada.

—Para mí sí...

El viento sopla más fuerte.

La carretera permanece vacía.

Horas antes, Matías había regresado a San Rafael después de tres años trabajando en las pizcas de Estados Unidos.

Tres años levantándose antes del amanecer.

Tres años durmiendo entre otros hombres cansados.

Tres años imaginando el rostro de Sanjuanita cada vez que veía la luna sobre los campos.

Lo primero que hizo al volver fue ir a buscarla.

La encontró en la cantina. Sentada junto a otro hombre.

Sanjuanita seguía igual de hermosa. Tal vez más triste. Tenía el cabello recogido y unos ojos oscuros que parecían esconder noches enteras sin dormir. Cuando lo vio entrar dejó lentamente el vaso sobre la mesa.

Ambos se quedaron mirándose.

Como si el tiempo hubiera tropezado.

Matías quiso abrazarla ahí mismo, pero no pudo mover ni una sola parte del cuerpo. Solamente se sentó en otra mesa y pidió una cerveza.

La música nortea sonaba demasiado fuerte.

El otro hombre notó inmediatamente la tensión.

—¿Lo conoces? —preguntó molesto.

Sanjuanita tardó demasiado en responder.

—Sí.

Nada más dijo eso.

Sí.

Pero a Matías le bastó escuchar aquella palabra para entender que seguía perdido.

Pasaron algunos días antes de volver a verse.

El pueblo entero estaba distraído con las celebraciones de la Virgen de Guadalupe. Los matachines llenaban la plaza con tambores y cascabeles mientras las familias caminaban rumbo a la iglesia de San Rafael Arcángel.

Matías la esperó detrás de las vías abandonadas.

Sanjuanita apareció cubierta con un suéter gris y una bufanda roja. Al verlo se detuvo unos segundos. Después caminó rápido hacia él y lo abrazó con tanta fuerza que ambos estuvieron a punto de caer. Ninguno dijo nada al principio. A veces el amor no necesita palabras. Solo tiempo perdido. Terminaron refugiándose dentro de la carcasa oxidada de un viejo vagón de tren abandonado en el desierto. El metal crujía con el viento helado mientras ellos se besaban desesperadamente, como si intentaran recuperar tres años completos en una sola noche.

Después hicieron el amor sobre unas cobijas viejas que Matías había llevado. Afuera el frío golpeaba el acero del vagón.

Adentro solamente existía la respiración de ambos.

Cuando todo terminó permanecieron abrazados, escuchando el viento.

Entonces Matías preguntó lo que llevaba días destruyéndole el pecho.

—¿Por qué no me esperaste?

Sanjuanita cerró los ojos.

Después sacó lentamente el celular de la bolsa del abrigo. Le mostró una fotografía.

En la imagen aparecía ella llorando sentada en la central de autobuses de Saltillo. Tenía el maquillaje corrido y la mirada rota.

—Ese día fui a buscarte —susurró—. Me dijiste que volverías en unos meses.

Matías bajó la mirada.

—Yo...

—Pasaron semanas... luego meses... luego años.

Ella respiró hondo antes de continuar.

—Nunca supe si cruzaste la frontera. Nunca supe si estabas vivo. Nunca llamaste. Nunca escribiste.

Matías sintió algo quebrarse dentro de él.

Porque la verdad era mucho más miserable de lo que ella imaginaba.

Al principio sí pensó regresar. Pero después llegaron: el dinero, las jornadas, la cerveza, el cansancio, la vergüenza, y esa costumbre horrible que tienen algunos hombres de desaparecer cuando sienten que ya fallaron demasiado.

Tomó las manos de Sanjuanita.

—Nunca dejé de pensar en ti.

Ella soltó una pequeña risa triste.

—Pensar no sirve de nada cuando una persona está sola.

El silencio volvió a llenar el vagón. Afuera comenzaban a escucharse los primeros cohetes de las fiestas patronales. Matías entendió entonces algo terrible: la esperanza pertenece a la vida. Y la vida casi nunca le pertenece a uno.

El hombre de la cantina los descubrió dos noches después. La pelea comenzó afuera del local, entre botellas quebradas, música y tierra húmeda. Matías solamente llevaba una navaja vieja. El otro sujeto llevaba odio acumulado. La discusión duró menos de un minuto. Luego vino el cuchillo. Después la sangre.

Y ahora Mila sostiene a su hijo a un lado de la carretera esperando un milagro que no llega. A lo lejos aparecen las luces de un camión de pasajeros.

Mila siente que el corazón se le acelera.

—¡Matías! ¡Mira! ¡Mira hijo!

El muchacho apenas levanta la cabeza.

El camión disminuye la velocidad.

Sí va a detenerse.

Sí los vio.

Mila empieza a llorar de alivio.

—Gracias Dios mío... gracias...

El vehículo finalmente se orilla frente a ellos.

La puerta se abre con un largo rechinido neumático. La luz interior ilumina completamente a Matías: el rostro pálido, la cobija empapada de sangre, las manos temblando. El chofer los observa apenas dos segundos. Dos segundos. Después cierra la puerta. El motor ruge. Y el camión arranca nuevamente dejando atrás una nube de humo y viento helado. Mila siente como si otra vela acabara de apagarse dentro de ella. Mira a su hijo.

—¿Pero por qué te aferraste tanto a esa mujer?
Matías respira con dificultad.

—Porque cuando alguien ama de verdad... ya no sabe cómo dejar de hacerlo.

Las horas avanzan lentamente. La carretera permanece vacía. El frío ya duele dentro de los huesos. Mila llora en silencio mientras abraza a su hijo. Las lágrimas le bajan calientes por las mejillas. Nunca había nevado en el pueblo.

Jamás. Pero esa noche el viento trae algo distinto. Algo extraño. Algo que parece venir desde muy lejos. Entonces comienzan a caer los primeros copos sobre la carretera oscura.



DWARF
WORKS